

política, pero aún me complacía yo en persuadirme de que todo lo que había de problemático en su existencia, provenía de alguna grande empresa de esta naturaleza. Consentí en pasar en la posada por hermana suya, en salir poco á la calle y nunca con él; en fin, en dejarle absolutamente libre de separarse de mí á cualquier hora por ir á ver á la princesa Zagarolo.



XV

QUELLA vida era horrible, pero la soporté. Nunca había yo conocido hasta entonces los tormentos de los celos, pero entonces los apuré todos y evité á Leoni el disgusto de desvanecerlos, porque á decir verdad ni aun me quedaban fuerzas para manifestarlos.

Resolví dejarme morir en silencio, y me sentía bastante enferma para esperarlo. Más me devoraba aún el fastidio en Milán que en Venecia, porque allí sufría más y tenía menos distracciones. Leoni vivía públicamente con la princesa Zagarolo; pasaba todas las noches con ella en el teatro en su palco, ó en los bailes, de donde se escapaba un momento para venir á verme; luego se iba á cenar con ella, y no volvía á la posada hasta las seis de la mañana, hora en que se acostaba rendido de cansancio y casi siempre con malísimo humor.

Á las doce se levantaba silencioso y distraído, é iba á pasearse en coche con su querida: muchas veces los veía yo pasar, y siempre tenía Leoni con ella aquellas delicadas atenciones, aquellas tiernas y venturosas miradas que tenía con-

migo cuando me galanteaba. Entonces sólo me reservaba sus quejas y la relación de sus disgustos; verdad es también que yo prefería con mucho verle venir á mi adusto y cansado de su esclavitud, que alegre y sereno como le sucedía á veces. Parecía entonces que había olvidado de todo punto el amor que me había profesado y que yo le profesaba aún; le parecía la cosa más fácil del mundo confiarme los detalles de su intimidad con otra, y no advertía que la sonrisa que vagaba en mis labios escuchándole era una muda convulsión de dolor.

Una tarde al ponerse el sol salía yo de la catedral donde había estado pidiendo á Dios con fervor que me llamase á su seno y aceptase mis pesares en expiación de mis culpas: paseábame lentamente por el magnífico claustro y me apoyaba de cuando en cuando en los pila-



res, porque me sentía muy débil. Una calentura lenta me consumía; el fervor de la oración y el aire de la iglesia me habían bañado en un sudor frío, y más que persona viviente parecía yo un espectro levantado del pavimento sepulcral para ver una vez más siquiera los últimos rayos del sol. Un hombre que me seguía hacia largo rato, sin que apenas hiciera yo alto en él, me habló, y al volver la cara sin sorpresa, sin terror y con la apatía de un moribundo, reconocí á Henryet.

En el mismo instante se despertó en mi alma con impetuosidad el recuerdo de mi patria y de mi familia. Olvidé al punto la extraña conducta de aquel joven conmigo, el terrible poder que ejercía sobre Leoni, su antiguo amor tan mal acogido por mí, y el odio que después llegó á inspirarme; sólo pensé en mi padre y en mi madre, y presentándole la mano, le hice mil preguntas; pero él no se apresuró á responderme, aunque mi agitación y mi impaciencia parecían conmoverle profundamente.

—¿Está usted sola aquí—me dijo—y puedo hablar con usted sin exponerme á ningún peligro?

—Estoy sola, nadie me conoce ni se ocupa de mí. Sentémonos en este banco de piedra porque apenas puedo sostenerme, y ¡oh! ¡por amor de Dios, hábleme usted de mis padres! Un año entero hace que no he oído pronunciar su nombre.

—¡Sus padres de usted!—dijo Henryet con tristeza.—Ya uno solo la llora.

—Mi padre ha muerto!—exclamé poniéndome en pie.

Henryet no me respondió; caí desfallecida en el banco, y dije á media voz:—¡Dios mío, que vais á reunirme á él, haced que me perdone!

—Su madre de usted—dijo Henryet—ha estado enferma mucho tiempo; luego ha procurado distraerse, pero había perdido su hermosura, y no ha hallado consuelo en el mundo.

—¡Mi padre muerto!—dije cruzando mis débiles manos.—¿Mi madre anciana y triste! ¿Y mi tía?

—Hace todo lo posible por consolar á su pobre madre de usted probándola que usted no merece su cariño; pero la infeliz no la escucha, y cada día se marchita más y más en la soledad y el fastidio. ¿Y usted, señora?

Pronunció Henryet estas últimas palabras con una frialdad

en la que se entreveía no obstante la compasión bajo el desprecio.

—¡Yo! Yo me estoy muriendo, ya lo ve usted.

Cogióme la mano, y sin poderlo remediar, se le saltaron las lágrimas.

—¡Pobre niña!—me dijo.—El cielo sabe que no ha sido por culpa mía. He hecho todo cuanto he podido para impedir que cayera usted en el precipicio, pero usted lo quiso.

—No hablemos de eso—le dije;—me es imposible hablar de eso con usted. ¿Me hizo mi madre buscar después de mi fuga?

—Su madre de usted la buscó, pero no lo bastante. ¡Pobre mujer! Estaba consternada y no tuvo bastante presencia de ánimo. No hay ningún vigor, Julieta, en la sangre de que está usted formada.

—Sí, es verdad—le dije con indiferencia;—todos éramos indolentes y pacíficos en mi familia; pero dígame usted, ¿esperó mi madre que yo volvería?

—Lo esperó loca y puerilmente; aún hoy es el día en que la está esperando á usted, y la esperará hasta su último suspiro.

Empecé á sollozar y Henryet tuvo la prudencia de dejarme desahogar mi dolor sin decir palabra; creo que él lloraba también. Luego me enjuagué los ojos para preguntarle si había afligido mucho mi oprobio á mi madre, si se había avergonzado de tenerme por hija, y si se atrevía aún á pronunciar mi nombre.

—Siempre le tiene en los labios—dijo Henryet;—á todo el mundo cuenta su dolor, y tanto, que ya todos están hartos de oír esa aventura, y sonríen cuando su madre de usted empieza á llorar, ó bien evitan su presencia diciendo:—Ya viene M.^{me} Ruyter á contarnos por centésima vez el rapto de su hija.

Escuché aquellas palabras sin despecho, y alzando los ojos hacia él, le dije:

—Y usted, Henryet, ¿me desprecia usted acaso?

—Yo ni la amo ni la estimo á usted—me respondió—pero la compadezco, y estoy pronto á servirla en lo que pueda: puede usted disponer de cuanto poseo. ¿Quiere usted que escriba á su madre? ¿Quiere usted que la devuelva á su seno?

Hable usted, y no la contenga el temor de abusar de mí; no procedo en esto por amistad, sino por deber. Usted no sabe, Julieta, cuánto se dulcifica la vida para los que se imponen ciertas leyes y las observan.

Nada le respondí.

—¿Ó quiere usted quedarse aquí sola y abandonada? ¿Cuánto tiempo hace que la ha dejado á usted su marido?

—No me ha dejado—le respondí.—Antes bien vivimos juntos, y él se opone á mi partida, que yo tenía meditada hace mucho tiempo, pero en la que ya ni aun tengo fuerzas para pensar.

Dicho esto quedé en silencio, y Henryet me dió el brazo hasta la posada, lo que no advertí hasta que llegamos á la puerta de la calle; yo creía ir apoyada en el brazo de Leoni, y me afanaba por concentrar mis penas y disimularlas.

—¿Quiere usted que vuelva mañana á saber lo que usted resuelve?—me dijo dejándome en la portería.

—Sí—le respondí, sin pensar que podía encontrarse con Leoni.

—¿Á qué hora?—me preguntó.

—Á la que usted guste—respondí con una indiferencia estúpida.

Vino en efecto al día siguiente, pocos momentos después de haber salido Leoni; como yo no me acordaba ya de haberse permitido, mostré tanta sorpresa de hallarme con aquella visita, que se vió en la necesidad de recordarme lo que habíamos hablado el día antes. Viniéronse entonces á la memoria algunas palabras que había sorprendido cierta noche entre Leoni y sus compañeros, pero cuyo sentido, que encerraba una amenaza de muerte, aunque muy confuso en mi memoria, me parecía aplicable á Henryet, y no pude menos de estremecerme pensando en el peligro á que le exponía.

—Salgamos—le dije con espanto;—aquí no está usted seguro.

Sonrió, y su semblante reveló un profundo desprecio al peligro que yo temía.

—Créame usted—me dijo, viendo que yo iba á insistir;—el hombre de que usted habla no osaría alzar el brazo sobre mí, pues ni siquiera se atreve á mirarme cara á cara.

Yo no podía oír hablar así de Leoni que era, á pesar de todas sus culpas para conmigo, la cosa que yo más amaba en este mundo; supliqué pues á Henryet que no le tratase de aquel modo en mi presencia.

—Confúndame usted á desprecios—le dije;—acúseme de ser una mujer sin orgullo ni corazón, de haber abandonado á los padres mejores que hubo jamás en el mundo, y de haber hollado todos los deberes que impone la sociedad á mi sexo... no me ofenderé; le escucharé á usted llorando, y no por eso le agradeceré menos las generosas ofertas que me hizo ayer; pero déjeme usted respetar el nombre de Leoni, que es el único bien que aún puedo oponer en el secreto de mi corazón al anatema de los hombres.

—¡Respetar el nombre de Leoni!—exclamó Henryet con amarga ironía;—¡respetarle, pobre mujer! Sin embargo, consentiré en ello si quiere usted volverse á Bruselas. Vaya usted á consolar á su madre; éntre usted en la senda del deber, y yo la prometo dejar en paz al miserable que la ha perdido, y á quien podría confundir si quisiera.

—¡Reunirme con mi madre!—respondí.—¡Oh! sí! ¡Mi corazón me lo pide á cada instante; pero volverme á Bruselas... ¡No! Mi orgullo me lo prohíbe. ¡Dios mío! ¿Cómo me tratarían todas aquellas mujeres que tanto me envidiaron en otro tiempo, y que tal vez ahora se alegran de mi humillación?

—Mucho temo, Julieta—me respondió—que no sea esa la única razón que pudiera usted alegar. Su madre de usted tiene una casa de campo donde podrían ustedes vivir juntas, lejos de la implacable sociedad. Con el caudal que ustedes poseen, podrían además pasarlo muy bien en cualquier parte donde no las conocieran, y donde su belleza y su dulzura de usted la granjearían pronto nuevos amigos. Pero usted no quiere separarse de Leoni, confíeselo sin rodeos.

—Lo deseo—le respondí llorando—pero no puedo.

—¡Desgraciada, desgraciada entre todas las mujeres!—dijo Henryet con tristeza.—Usted es buena y cariñosa, pero no tiene altivez ninguna, y el que no tiene un noble orgullo, carece de todo recurso en las cosas de la vida. ¡Pobre y débil criatura! ¡La compadezco á usted con toda mi alma, porque usted ha profanado su corazón, le ha mancillado con el contacto de un corazón infame, ha doblado la cerviz bajo una

mano vil... la compadezco á usted, Julieta, porque ama á un villano! Imposible me parece que haya podido amarla á usted en otro tiempo, pero también me parece imposible no compadecerla ahora.

—Pero en fin—le dije atónita, consternada de oírle hablar así;—¿qué ha hecho Leoni para que se crea usted autorizado para tratarle de ese modo?

—¿Duda usted de ese derecho, señora? ¿Quiere usted decirme por qué razón Leoni que es valiente (esto no admite duda), y que es el primer espadachín de la tierra, se ha guardado siempre muy bien de provocarme á mí... á mí que en mi vida he tocado una espada, y que le eché de París con una palabra y de Bruselas con una mirada?

—Parece increíble—dije profundamente abatida.

—¿Con que usted no sabe, Julieta, de quién es la querida?—repuso Henryet con energía.—¿Nadie le ha contado á usted las maravillosas aventuras del caballero Leone Leoni? ¿Nunca se ha avergonzado usted de haber sido su cómplice, y de haberse escapado con un pillo, saqueando la tienda de su padre?

Prorrumpí en un grito de dolor, y me cubrí el rostro con las manos, luego levanté la cabeza, y dije echando el resto de mi energía:

—Es falso: yo nunca he cometido semejante bajeza; tan incapaz es Leoni de cometerla como yo. Aún no habíamos andado cuarenta leguas con dirección á Ginebra, cuando se detuvo Leoni en mitad de la noche, pidió un cofre y metió en él todas sus joyas para devolvérselas á mi padre.

—¿Está usted segura de que lo haya hecho?—preguntó Henryet riendo con desprecio.

—Estoy segura—exclamé;—yo misma ví á Leoni meter los diamantes en el cofre.

—¿Y está usted segura de que ese cofre no le ha seguido en todo el resto del viaje? ¿Está usted segura de que no le ha abierto y desocupado en Venecia?

Estas últimas palabras fueron en fin para mí un rayo de luz tan viva, que no pude menos de comprender en el mismo instante todo aquel odioso misterio; recordé entonces lo que en vano había procurado retener en mis confusas memorias, la primera circunstancia en que ví el tal cofrecillo. En aquel

momento se me representaron al vivo las tres épocas de su aparición, y se hilaron lógicamente entre sí para obligarme á sacar un resultado terrible; en primer lugar, la noche que pasamos en la misteriosa quinta, donde ví á Leoni guardar los diamantes en el cofre; luego, la última noche que pasamos en la quesera suiza, cuando ví á Leoni desenterrar misteriosamente su tesoro confiado á la tierra, y en fin el segundo día de nuestra mansión en Venecia, en que hallé el cofre vacío, y la aguja de diamantes por el suelo envuelta en un pedazo de algodón en rama; la visita del judío Tadeo, y los ciento cincuenta mil francos que, según lo que oí á Leoni y á sus compañeros, le dió inmediatamente después de nuestra llegada á Venecia, coincidían perfectamente con todas mis sospechas.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamé levantando los brazos al cielo y hablando conmigo misma.—¡Todo lo has perdido, todo, hasta el aprecio de mi madre! ¡Todo está emponzoñado, hasta el recuerdo de Suiza! ¡Aquellos seis meses de amor y de felicidad, estaban destinados á ocultar un robo!

—¡Y á burlar las pesquisas de la justicia!—añadió Henryet.

—¡Pero no! ¡no!—repuse delirante y frenética, mirándole como si quisiera desentrañar los más íntimos secretos de su corazón;—¡él me amaba, es seguro que me amaba! No puedo pensar en aquellos tiempos sin adquirir la más completa certidumbre de que me amaba. Leoni era un ladrón que había robado una mujer y un tesoro, y que amaba una y otro.

Henryet se encogió de hombros escuchándome, y yo conocí en efecto que estaba divagando. Quise luego en fin hablar en razón, y me obstiné en saber la causa del incomprensible ascendiente que ejercía sobre Leoni.

—¿Quiere usted saberlo?—me dijo.

Luego reflexionó un instante y añadió:

—Se lo diré á usted, porque puedo decirlo; además, es imposible que usted misma, en un año que ha pasado con él, no lo haya sospechado á lo menos... á bastantes infelices debe haber desplumado en Venecia...

—¿Cómo? ¿él? ¡oh! Mire usted lo que habla, Henryet; bastante culpable es ya.

—Aún la creo á usted incapaz, Julieta, de ser su cómplice,

pero tiemble usted de llegar á serlo, siquiera sea por su familia. No sé hasta qué punto se puede ser impunemente la querida de un bribón.

—Me hace usted morir de vergüenza, caballero; esas palabras son crueles. ¡Oh! Acabe usted su obra y desgarré de una vez mi corazón, revelándome lo que le da, por decirlo así, derecho de vida y muerte sobre Leoni. ¿Dónde le ha conocido usted? ¿qué sabe usted de su vida pasada? Yo por mí, nada sé; he visto en él tantas cosas contradictorias, que ignoro hasta si es rico ó pobre, noble ó plebeyo; ni sé si el nombre que lleva le pertenece.

—Esa es la única cosa—respondió Henryet—que la casualidad le ha quitado el trabajo de robar. Llámase en efecto Leone Leoni, y descende de una de las familias más nobles de Venecia; su padre, que era bastante rico, poseía el palacio que acaba usted de habitar, y amaba con una ternura ilimitada á ese hijo único, cuyas precoces disposiciones anunciaban una organización superior. Leoni fué educado con sumo esmero, y á la edad de quince años recorrió con su ayo la mitad de Europa; en cinco años aprendió con increíble facilidad la lengua, los usos y la literatura de los pueblos que visitó; pero la muerte de su padre le obligó á volver á Venecia con su ayo. Este ayo era el abate Zanini, á quien con frecuencia ha podido usted ver este invierno en su palacio; hombre de una imaginación vivísima, de un tacto exquisito, de una instrucción inmensa, pero de una increíble inmoralidad, y corrompido hasta lo sumo bajo su hipócrita máscara de tolerancia y sano juicio. Naturalmente debía depravar aquel hombre la conciencia de su discípulo y reemplazar en él las nociones de lo justo y de lo injusto, con una supuesta ciencia de la vida que consiste en hacer todas las locuras que divierten, todas las picardías que aprovechan, y en fin, todas las buenas y malas acciones que pueden halagar al corazón humano. Yo conocí á ese Zanini en París, y me acuerdo de haberle oído decir que era preciso hacer el mal para saber hacer el bien; saber gozar en el vicio para saber gozar en la virtud. Este hombre, más prudente, más hábil y más calmoso que Leoni, le es muy superior en su ciencia, y Leoni, arrebatado por sus pasiones ó dominado por sus caprichos, sólo le sigue de lejos, cometiendo mil faltas que deben

perderle en la sociedad y que ya le han perdido; pues es seguro que se halla á la merced de algunos cómplices codiciosos y de algunos hombres de bien cuya generosidad acabará por agotar á fuerza de abusar de ella.

Un frío de muerte helaba mi sangre mientras me hablaba así Henryet, pero hice un esfuerzo para escuchar lo demás...

XVI



los veinte años—prosiguió Henryet—hallóse Leoni al frente de un caudal muy regular y dueño absoluto de sus acciones. Jamás ha podido presentársele mejor ocasión para hacer el bien, pero halló que su patrimonio era muy inferior á su ambición, y mientras llegaba á una opulencia igual á sus deseos por medio de no sé qué proyectos insensatos ó culpables, en dos años devoró toda su hacienda. Su casa, que hizo decorar con el lujo que usted ha visto, fué el centro de reunión de todos los jóvenes disipados y de todas las mujeres perdidas de Italia. Muchos extranjeros, aficionados á la vida elegante, hallaron entrada en ella, y así fué cómo Leoni, relacionado ya por sus viajes con muchos personajes de distinción, estableció en todos los países las amistades más brillantes, y se aseguró las más útiles protecciones.

En aquella numerosa sociedad debieron introducirse, como sucede siempre, intrigantes y bribones. Yo he visto en París, al rededor de Leoni, muchos sujetos que siempre me han

inspirado gran desconfianza, y que si no me engañan mis sospechas, deben formar en el día con él y el marqués de... una afiliación de estafadores de la alta sociedad. Cediendo á sus consejos, á las lecciones de Zanini ó á sus naturales disposiciones, el joven Leoni debió ejercitarse en el arte de hacer trampas en el juego, pues lo cierto es que adquirió este talento en grado eminente, y que probablemente le ha puesto en práctica en todas las ciudades de Europa, sin excitar la menor desconfianza. Cuando se vió absolutamente arruinado, salió de Venecia y empezó á viajar de nuevo en calidad de aventurero; pero aquí pierdo por algún tiempo el hilo de su historia. Zanini, por cuyo conducto he sabido una parte de lo que voy á referir á usted, aseguraba que le había perdido de vista desde aquel momento, y que sólo había llegado á su noticia por una correspondencia muchas veces interrumpida los mil vaivenes de fortuna y las mil diabluras de Leoni en sociedad. Disculpábase de haber formado tal discípulo, diciendo que Leoni sólo había aprendido un lado de su doctrina; pero disculpaba á su discípulo elogiando la increíble habilidad, la fuerza de alma y presencia de espíritu con que había sabido dominar á la suerte y vencer á la adversidad.

Llegó en fin Leoni á París con su fiel amigo, el marqués Lorenzo de... á quien usted conoce, y allí fué donde tuve ocasión de conocerle y de juzgarle.

Zanini le presentó en casa de la princesa de X... de cuyos hijos era ayo: el superior talento de aquel hombre le había puesto hacía ya mucho tiempo, en la sociedad de la princesa, en un pie menos subalterno que el que ocupan los ayos por lo general en las casas de los grandes. Hacía los honores del salón, daba por decirlo así el tono de la conversación, cantaba admirablemente y dirigía los conciertos.

Leoni, merced á su finura y sus talentos, fué perfectamente recibido y festejado en breve con entusiasmo; allí ejerció en ciertas reuniones el imperio que usted le ha visto ejercer en toda una ciudad de provincia. Comportábase en todo con una rumbosidad extraordinaria; jugaba rara vez, pero siempre para perder inmensas sumas que ganaba por lo general el marqués de... Zanini presentó poco después de su alumno á este marqués, el cual, aunque compatriota de Leoni, aparentaba no conocerle ó afectaba cierta aversión hacia él. Á todo

el mundo decía en confianza que habían sido rivales en Venecia con cierta dama, y que, aunque olvidados ya uno y otro de su pasión, no por eso habían olvidado su enemistad. Merced á este embrollo, nadie sospechaba que estuviesen de acuerdo para ejercer su industria.

Durante todo un invierno la ejercieron sin inspirar la menor sospecha.

Perdían á veces uno y otro inmensas sumas, pero casi siempre ganaban, y ambos, cada cual por su parte, ostentaban un lujo de príncipes. En una ocasión, uno de mis amigos que perdía considerablemente jugando contra Leoni, sorprendió una imperceptible seña entre él y el marqués veneciano; pero nada dijo, y se limitó á observarlos con atención por espacio de muchos días. Una noche en que habíamos apuntado los dos á un mismo lado y perdíamos siempre, se acercó y me dijo:—Observa á esos dos italianos; estoy persuadido, estoy cierto de que se entienden para hacer trampas. Mañana salgo de París para un asunto que me urge mucho, pero te encomiendo el cuidado de cerciorarte de mis sospechas, y de avisar á nuestros amigos en caso de necesidad. Eres discreto y prudente, y espero que procederás con toda sensatez; en todo caso, si tienes alguna reyerta con esos hombres, no dejes de nombrarme á ellos como el primero que los he acusado, y escribeme; yo me encargo de batirme con uno de ellos. Déjome sus señas y partió. Examiné á los dos caballeros de industria, y me convencí de que no se había engañado mi amigo; precisamente en casa de la princesa X... adquirí la certidumbre de su mala fe. Cogí al instante del brazo á Zanini, y llevándome á un rincón:—Conoce usted bien, le pregunté, á los dos venecianos que ha presentado en esta casa?

—Perfectamente—me respondió impertérrito;—he sido ayo del uno, y soy amigo del otro.

—Pues señor, doy á usted la más cordial enhorabuena—le dije;—son un par de pillos. Dile esta respuesta con tanta seriedad, que al instante mudó de color á pesar de su costumbre de disimular, por lo que sospeché que tendría algún interés en sus ganancias, y le declaré que iba á quitar la máscara á sus dos compatriotas.

Con esto se turbó enteramente, y me suplicó con empeño que no lo hiciese; trató también de persuadirme de que esta-

ba equivocado, pero por toda respuesta le pedí que me llevase á su cuarto con el marqués, donde me expliqué en pocas pero muy claras razones; el marqués, en lugar de disculparse, se puso pálido como la nieve y se desmayó.

No sé si aquella escena fué una pantomima entre él y el abate para engañarme, pero me suplicaron con tanto dolor, el marqués me mostró tanta vergüenza y remordimiento, que tuve la simpleza de dejarme persuadir; sólo exigí que saliesen de Francia con Leoni inmediatamente. El marqués prometió todo cuanto exigí; pero quise imponer yo mismo de viva voz igual condición á su compañero, y para eso le hice subir al cuarto de Zanini. Hizose esperar largo rato y llegó en fin, no humilde y trémulo como el otro, sino con los puños en ristre y bramando de cólera; sin duda esperaba intimidarme con su insolencia, pero le respondí que estaba pronto á darle cuantas satisfacciones quisiera, mas que empezaría por acusarle públicamente; ofrecí al mismo tiempo al marqués la separación de mi amigo en los mismos términos. Mi firmeza turbó de todo punto á Leoni, y sus compañeros acabaron de convencerle haciéndole conocer que era perdido si se obstinaba; decidióse pues, no sin mucha resistencia y furor, y ambos salieron de aquella casa sin volver á presentarse en el salón. Al día siguiente se pusieron en camino, el marqués para Génova y Leoni para Bruselas.

Quedé solo con Zanini en su cuarto, y le di claramente á entender las sospechas que me inspiraba, y me formé propósito de delatarle á la princesa. Como yo no tenía pruebas seguras contra él, fué menos humilde y me rogó menos que el marqués, pero ví que no estaba menos aterrado que él; el pobre diablo echó mano de todos los recursos de su talento para captarse mi benevolencia y mi discreción. Hícele confesar no obstante que conocía hasta cierto punto las bajezas de su discípulo, y le obligué á que me refiriese su historia, en la que Zanini careció de prudencia, pues hubiera debido sostener obstinadamente que la ignoraba; pero la dureza con que le amenacé que le delataría á la princesa, le hizo perder la cabeza. Dejéle en fin intimamente convencido de que era un pícaro, pero más circunspecto que los otros, y le guardé el secreto por prudencia, temiendo que con su mucho ascendiente sobre la princesa X... tuviese la habilidad de persua-

dirla de que yo era un impostor ó un visionario, y me hiciese hacer un papel ridículo; además, me tenía ya muy harto aquella indecente aventura; no volví pues á pensar en ella, y tres meses después salí de París. Usted sabe cuál fué la primera persona que buscaron mis ojos en el baile de Mr. Delpech; yo estaba aún enamorado de usted, y recién llegado á Bruselas, ignoraba que iba usted á casarse. Descubríla á us-



ted en medio del gentío, y cuando me acerqué á saludarla, ví á Leoni á su lado; creí que estaba soñando ó que me alucinaba alguna extraña semejanza. Tomé noticias en el baile, y me cercioré de que el amante de usted era el caballero de industria que me había robado trescientos ó cuatrocientos luíses; entonces no esperé ni aun deseé desbancarle. Suceder en su corazón de usted á semejante hombre, era una idea que desvanecía mi amor; pero juré que no sería víctima de un miserable una niña inocente y una familia honrada. Usted sabe que nuestra explicación no fué ni larga ni verbosa; pero la fatal pasión que él la inspiraba á usted desbarató los esfuerzos que yo hice para salvarla.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ind. 1625 MONTERREY, MEXICO

Calló Henryet, y yo, confusa y abatida, incliné la cabeza sobre el pecho; parecíame que ya no podría mirar á nadie cara á cara. Henryet prosiguió en estos términos:

—Leoni se portó como hombre diestro en la materia, robando á su querida á mis ojos, es decir, robando los trescientos mil francos de diamantes que llevaba sobre sí, y escondió su querida y sus diamantes no sé dónde. En medio de las muchas lágrimas que tributó á la memoria de su hija, su padre de usted lloró también un poco sus magníficas pedrerías tan bien engastadas, y aun le sucedió un día decir con sumo candor que lo que más le afligía en aquel robo es que los diamantes serían vendidos por la mitad de su precio á algún judío, y que aquellas joyas tan bien trabajadas serían hechas pedazos y fundidas por el que las adquiriera para no comprometerse. ¡Por Dios que no merecía la pena de hacer un trabajo como aquel, decía llorando, ni de tener una hija y quererla tanto para venir á parar en esto! Parece en efecto que su padre de usted tenía razón, porque con el producto de su rapto no halló medio Leoni para brillar en Venecia arriba de cuatro meses. Alquiló el palacio de sus padres que antes habían vendido sus acreedores, y restableció su nombre en la cornisa del patio interior, no atreviéndose á ponerlo en la puerta principal. Como no es conocido por un verdadero pillo más que entre muy pocas personas, de nuevo fué su casa el centro de reunión de muchos extranjeros de distinción, que sin duda fueron saqueados por sus compañeros; pero acaso el temor de ser descubierto le impedía unirse á ellos, porque pronto se vió arruinado de nuevo. Contentóse sin duda con tolerar el saqueo que ejercían aquellos malvados en su casa, porque está á merced de ellos y no se atrevería á deshacerse ni aun de aquellos á quienes aborrece más. En el día es, como usted sabe, el amante pagado de la princesa Zagarolo; esta señora, que ha sido muy hermosa, está ya muy ajada y condenada á morir en breve de una enfermedad del pecho.... Se cree que dejará todos sus bienes á Leoni, que finge profesarla un amor violento, y á quien ella ama con delirio. Leoni aguarda con impaciencia su testamento; entonces será usted rica, Julieta, él ha debido decírselo á usted. Un poco de paciencia, amiga mía, y reemplazará usted á la princesa en su palco en el teatro, irá usted á paseo en sus

carruajes con sólo tener cuidado de mudarles las armas en las portezuelas; estrechará usted á su amante en sus brazos en el magnífico lecho en que ella muera, y aun podrá usted usar sus trajes y sus diamantes.

Acaso dijo más el cruel Henryet, pero yo no pude oírle, y caí al suelo con horribles convulsiones.....